

Abuelas, muertes y panqueques

Por Sebastián Palau Velarde

Mi abuela está muriendo, pero yo no lo sé...

Sentado en mi cuarto a las 11:14 de la noche, la luz de la computadora alumbra mi cara cansada y marcada por la agitada vida estudiantil. Patética para los mayores, una verdadera odisea para mí. Resuelvo derivadas torpemente, mientras las persianas de mis ojos me exigen parar e ir a dormir y mi abuela se está muriendo. Yo lo desconozco. Es la última tarea marcada en mi agenda y exprimo el último jugo de energía mental para que el día tenga un fructuoso cierre. Paso página y resuelvo el siguiente problema decidido a terminar pronto, mientras tanto, mi abuela se está muriendo. Últimos 4 problemas, primer término, sumo, resto, multiplico, divido y compruebo. En ese orden mecánico me ataca el típico pensamiento: ¿de qué me va a servir esto en la vida? Las matemáticas no son del todo inservibles me digo, o al menos eso sostiene fervientemente la maestra de cálculo. Empiezo a creer que a veces ella también se harta de las matemáticas, aunque vive de ello. Me encuentro comprobando mi respuesta al último problema, y mi abuela se está muriendo. ¿Qué importan las matemáticas cuando una persona que amas está despejando la última variable en la ecuación de su vida?

De pronto, la puerta se abre y entra mi hermana sin tocar la puerta. En otras circunstancias esto me hubiera molestado pero su talante es distinto, parece casi derrotado. "Dice mamá que vayas a su cuarto", me comunica con una voz seria. ¿Ir al cuarto? Solamente tengo que ir ahí cuando mis padres se disponen a regañarme o cuando hay noticias. Dejo el lápiz, cierro la libreta y me levanto de la silla. ¿Ahora qué es lo que hice? Me repito esto una y otra vez en mi trayecto por el pasillo hasta el cuarto de mis padres. Si tan solo supiera lo que estaba por venir...

La puerta está abierta, entro y observo. Sobre la cama está la maleta de mi padre, abierta y llena con camisas, shorts, tenis, entre otras cosas. El aire que se respira

tiene un regusto amargo a tensión. Pregunto por la situación y a la par que mi padre abre y cierra cajones apresuradamente, me explican que la condición de la abuela había empeorado drásticamente por haber contraído COVID-19. Yo pensaba que ese maldito virus ya me había quitado suficiente. Ves las noticias y las cifras ya no te impactan. Vamos en la quinta ola, ya es común. Un número más un número menos, ¿qué importa? Importa cuando ese pequeño número, esa pequeña décima en la gráfica de pastel, tiene cara y rostro, tiene nombre y voz, hijos y nietos. Solo hasta ese momento dimensionas el gran sufrimiento que la pandemia ha causado en el mundo, cuando te golpea.

Recibo la noticia con más calma de la que me gustaría. Entro en una especie de pánico tratando de aparentar lo contrario. Esto no puede estar pasando. No debe estar pasando. Papá piensa irse, ir a casa de la abuela para atenderla personalmente. Lo entiendo, se siente presionado, es su madre por Dios santo. Lo veo muy nervioso, lo cual es raro en él. Siempre es el fuego en las fiestas, iluminando a todos con su sonrisa y mal canto, pero esa llama hoy se está apagando. Son las once de la noche, me parece precipitado ir a esta hora, y más en camión. Aunque, como ya dije, lo entiendo. Yo haría lo mismo por mamá. Espero que nunca pase, pero sucederá eventualmente. Se cierra la maleta y comienzan las despedidas. Mi hermano rompe en llanto, preocupado por su abuelita. Papá trata de tranquilizarlo con la típica frase, típica mentira, mejor dicho: "Todo va a estar bien". Me gustaría pensar que todo va a estar bien, pero dudo que lo esté. Esa frase antes tan relajante ahora me parece dolorosamente vacía. Papá está demasiado asustado, se le ve en los ojos. ¿No decían que los ojos eran el reflejo del alma? Pues esa alma, tiene miedo. Mis padres se van y me quedo con mis hermanos. El llanto los cansa y ceden antes el mundo de los sueños, y yo, me quedo solo, en el mundo de los vivos.

Regreso a mi cuarto y cierro la puerta con llave. ¿Con que propósito? No lo sé. Es decir, ya estoy solo. ¿De qué me quiero aislar exactamente? Mis pensamientos vienen conmigo, no hay manera de exorcizarlos por más que lo desee y por más que duelan. Me recuesto en la cama. No se puede escapar a la muerte, esa condenada huesuda que se asoma subrepticamente en cada cumpleaños. Es

aterrador verlo desde otra perspectiva, ¿qué estamos celebrando exactamente? Un primer lugar para la vida sí, pero también una medalla de segundo para la muerte. Estuvo ahí desde el principio y estará ahí hasta el final, porque ella es el encuentro final. Mi abuela se está muriendo y mi papá se dirige hacia ese encuentro. La muerte es lo primero que tenemos asegurado al nacer, empieza el contador, no se sabe cuándo se detendrá, pero se sabe que lo hará. La desgraciada es la máxima expresión de lealtad que se puede encontrar en este mundo. ¿Qué se puede hacer ante ella? Al pensar esto, cedo ante las fuerzas del sueño, mientras mi abuela sigue muriendo.

En el sueño, despierto en mi cama. Logro identificar las cobijas y siento una presencia al pie de mi cama, un peso, algo o alguien. Espabilo y la veo, mi corazón se detiene inmediatamente. Esto no puede ser cierto. Al pie de mi cama se encuentra un ser enfundado en una túnica negra con la capucha puesta. Es imposible no reconocerla. No logro articular palabra alguna. Es huesuda sentada en mi cama. ¿Qué está pasando? No es real. Entonces la huesuda se voltea hacia mí y con una cálida voz de mujer responde: “Tan real como tú lo pienses Sebastián”. Quise gritar, pero no pude. “Vamos niño, te haré unos panqueques para desayunar, te espero abajo”, me dijo tranquilamente. La huesuda se paró, y levitando se dirigió a la cocina de mi recién inaugurada casa del sueño. ¿Qué demonios es esto? Esto es un sueño ¿no? Concluyo que sí puesto que no hay reloj para marcar el tiempo. En el mundo de los sueños el tiempo se cansó de ser relativo y simplemente dejó de existir. Confundido, alejé las sábanas y me paré. ¿Qué hago? Mi abuela se está muriendo y no estoy haciendo nada. Ante el recuerdo, la confusión se transforma en impotencia y enojo. Un enojo hacia alguien... El olor de panqueques recién hechos se infiltra en mi nariz. Conecto los puntos y decido cruzar el pasillo hasta alcanzar las escaleras y bajar endemoniadamente rápido, poseído por la ira en contra de una vieja que me lo quería arrebatar todo. Me paré al final de las escaleras y en el umbral de la puerta que separa la sala de la cocina, estaba la muerte sosteniendo un plato de panqueques. Me vio y me dedicó una sonrisa. Esto tiene que ser una cruel broma. Con paso firme me acerco hacia ella, al ver que me aproximó me dice: “Espero

que te gusten". ¿Qué clase de chiste era este? Llegué al encuentro, tomé el plato y lo arrojé a la pared más cercana donde estalló en pedazos con pequeños trozos de panqueques cubiertos de miel pintando un extraño cuadro surrealista. "No te gusta la miel", dijo la huesuda. Mi abuela, la persona que más quiero se está muriendo y esta idiota pregunta sobre la miel. "Te odio, te odio, te odio", le grito una y otra vez hasta que la garganta comienza a dolerme. Ella ni siquiera se inmuta. "Calma niño, mejor platiquemos", dice mientras me invita a sentarme en un banco en la barra de la cocina junto a ella. ¿Platicar? Claro, claro, claro, es una descarada, literalmente. La muerte está en mi cocina y quiere que platiquemos, este sueño sí que es bueno. "¿De qué quieres que platiquemos exactamente?". "Tú sabes de qué quieres platicar" me dice en un tono burlesco. Resignado, me siento a su lado. En circunstancias normales la habría mandado por un tubo, pero estas claramente no lo son. La muerte no se anda con rodeos, mantengamos la congruencia.

- "Mi abuela, tú te la estás llevando" le digo con seguridad.

"Llegó su hora" responde como diciendo una simple estadística.

- "No puedes hacer eso".

- "¿Por qué? Es mi trabajo".

- "Pues tienes un horrible trabajo. Muchas personas sufren por tu culpa ¿sabías eso?".

- "Me puedo hacer una idea".

- "Yo estoy sufriendo por ello. No puedes simplemente arrebatar una vida".

- "No lo hago, arrebato cientos".

- "No me refiero a eso. No comprendes lo que es una vida".

- "Por supuesto que lo sé. Entro en contacto con ellas todo el tiempo".

- "Eso no es verdad, apareces de vez en cuando pero solo las conoces hasta las últimas instancias de ellas. Tú no sabes lo que es vivir".

- “Soy la muerte...”.
- “Y te odio por eso, como no tienes idea. Vivir es amar, ser amado es vivir. Tal como yo amo a mi abuela a quien hoy me quitas”.
- “Cuéntame sobre tu abuela”. Miro sus frías facciones y noto un interés genuino.
- “Mi abuela es una mujer fuerte, amable y muy divertida. La amo como no tienes idea. Significa mucho para mi familia y para mí. Si te la llevas, extrañaré sus enseñanzas, su risa y sobretodo su dulce voz”. Me encuentro al borde del llanto, pero no cedo, no ante la muerte.
- “Suenas como alguien agradable”. Me pone una mano esquelética en el hombro. A pesar de la frialdad de esta, me reconforta un poco. No sabe qué está haciendo.
- “Ella está segura de que te la vas a llevar algún día y yo también, pero no ahora, no quiero que se vaya. No estoy listo ¿es eso egoísta?”. Tengo mucho miedo.
- “No comprendo el valor de la vida de la que me hablas. Solo sé arrebatarse vidas y cocinar panqueques”. Ver tan desconcertada a la muerte me reconforta un poco.
- “Sé que no entiendes lo que siento, pero te pido clemencia por una sola vida. No me la quites ahora que tanto la extraño y necesito”.
- “Soy la muerte, he visto a cientos de personas quebrarse en llanto con mi llegada y nunca he hecho excepción alguna. ¿Por qué debería hacerlo esta vez?”.
- “Por el amor de un nieto hacia su abuela, es la única y mejor razón que tengo”. Inesperadamente ambos nos fundimos en un templado abrazo.
- “Es hora de despertar niño”. Una suave neblina me envuelve por completo. El tono de llamada de mi celular me levanta del sueño. Un tanto desconcertado respondo y escucho la voz de mi padre: “Tu abuela está bien”. Parece que al final de todo, la maldita huesuda sí tenía corazón porque mi abuela ya no está muriendo y yo lo sé perfectamente.

FIN.